

RESULTABA excesivamente fuerte el contraste entre las palabras que escuchábamos y la realidad exterior al Palacio de Congresos de Torremolinos. Oíamos durante horas que muy poco de lo que pasaba en el litoral español era realmente grave, mientras todavía conservábamos en la retina la imagen de los bloques de cemento, ladrillo y hormigón que ocupan hasta el último milímetro disponible de la Costa del Sol. No casaban demasiado bien aquellas dos perspectivas, la teórica y la comprobable por nuestros ojos, y había que preguntarse en cuál de las dos existía fallo, inexactitud, ilusión.

Porque si algo ha caracterizado el II Curso de Análisis, Planeamiento y Gestión del Medio Litoral, celebrado en Torremolinos, ha sido su postura optimista cara a la problemática planteada. En contra de lo que el director del curso denominó «futurológica catastrófica», rebatiendo diversas tesis nada halagüeñas sobre el porvenir de la costa o el equilibrio ecológico del mar afirmadas estos últimos años, se ha alzado un conjunto de ponentes que parecían haberse puesto de acuerdo para «quitar hierro» a cuestiones como el peligro de las centrales nucleares, la contaminación marítima o la supervivencia del Mediterráneo. El resumen final de estos días de trabajo no contemplaba ningún aspecto excesivamente amenazador: todo puede solucionarse con un esfuerzo proporcionado, y como lo que ya está estropeado no tiene remedio, tampoco hay por qué obsesionarse... Una visión «blanca», en definitiva, de los problemas del litoral.

Pregunté al director del curso, Francisco Enriquez Agos, ingeniero de Caminos y subdirector general de Costas y Señales Marítimas, sobre las opiniones críticas o abiertamente pesimistas que han enfocado la realidad presente y futura de las costas españolas:

—Yo no soy pesimista —me dijo, y sus palabras reflejan de alguna manera el sentir general de los conferenciantes—, porque tengo una gran fe en el hombre como colectividad. Por supuesto que esta fe puede fallar, y si se contemplan acciones sectoriales, efectivamente, uno podría sentirse pesimista. Pero creo que a nivel de la especie, a nivel general, el hombre tiene una capacidad de inteligencia tremenda (para eso es el ser más inteligente de la Naturaleza), aunque quizá en algunos momentos le falte voluntad. Sin embargo, pienso que el hombre debe desarrollar y desarrollará voluntad suficiente para producir no sólo cambios cualitativos, sino verdaderas mutaciones en su manera de vivir y en su manera de tratar a la Naturaleza.

—Entonces, según usted, el li-

toral español ni está perdido ni siquiera se halla en peligro...

—Yo definiría al litoral como una persona adulta, una persona desarrollada que, por supuesto, tiene sus alifafes, sus pequeñas enfermedades, a veces sus grandes dolores, pero que su salud se puede considerar como bastante buena y no existe peligro grave de muerte.

—¿No piensa usted que haya habido negligencia por parte de la Administración española en terrenos como el del turismo, permitiendo y hasta favoreciendo, por ejemplo, la creación de urbanizaciones que han alterado tan negativamente las zonas costeras?

—Digamos que ahí ha habido falta de atención, pero porque el hombre no puede atender diez cosas al mismo tiempo. Para la nación era vital desarrollarse a través de una avalancha turística que, si efectivamente tiene efectos negativos, presenta un saldo muchísimo más favorable que contrario. Porque todo este desarrollo turístico ha permitido montarnos también en un desarrollo industrial y elevar el nivel de vida de los españoles. Y, posiblemente, lo que hubiera ocurrido de no tener ese desarrollo o haber atendido a un cuidado extremo de la Naturaleza, sería que los españoles viviríamos de una manera muchísimo más pobre de lo que vivimos ahora.

Esta misma perspectiva orientó el discurso de clausura del director general de Puertos y Señales Marítimas, quien, tras referirse a que «nuestra costa es oro en paño», aludió a que la Administración «se había dado cuenta tarde de ello», pero que esto era lógico, dado el funcionamiento que siguen los organismos oficiales. Otros, más despiertos, si habían percibido ese valor aurífero, lanzándose a la especulación y el abuso. Pero, en definitiva, la culpa es de los españoles en general, porque «el país no se ha dado cuenta hasta ahora de la gravedad del problema» y, claro, «tenemos que cambiar la mentalidad de los españoles»...

Es curioso constatar cómo afirmaciones mantenidas durante años por diversos autores que contemplaban críticamente la sociedad española y que —cuando esas afirmaciones podían ser operativas, eran susceptibles de transformarse en una modificación de la realidad— se veían sistemáticamente tachados de derrotistas, agoreros o apocalípticos, son ahora asimiladas y ofrecidas como ciertas, nada más que ya enfocan hechos consumados ante los que como única solución se ofrece la impotencia. Hoy, desde los propios estamentos que la han posibilitado, se describe la feroz especulación reinante en nuestras costas, o la ruptura de unos ecosistemas imposibles de

recuperar, o la ausencia de una planificación racional que hubiera hecho más lógico el desarrollo turístico. ¿Sucederá lo mismo dentro de diez años con las tesis que en estos momentos se califican de sensacionalistas y demagógicas?

El tema que centró las jornadas de Torremolinos fue el de la contaminación, preferentemente marina. En primer lugar, preocupaba la elaboración de un sistema que permitiese valorar cuantitativa y económicamente los daños producidos por la contaminación sobre un fragmento de litoral determinado. Diversas metodologías quedaron expuestas, tanto de pa-

rededores de su emplazamiento y eleva, en cambio, la temperatura del agua que devuelve al mar, por lo que junto a ella pueden formarse o aprovecharse excelentes playas. El «único» peligro, trágico, sobrevendría de un escape de materias radiactivas o de una explosión, pero con tomar todas las medidas de seguridad necesarias, ya no habría problema.

Tampoco existe respecto a una infección bacteriológica marina por aguas procedentes de tierra que lleven consigo materias en suspensión, muy abundantes en las aguas residuales de los centros urbanos. El poder depurador del agua del mar es tan elevado, que

LOS PROBLEMAS UNA VISION "OP

Fernando Lara

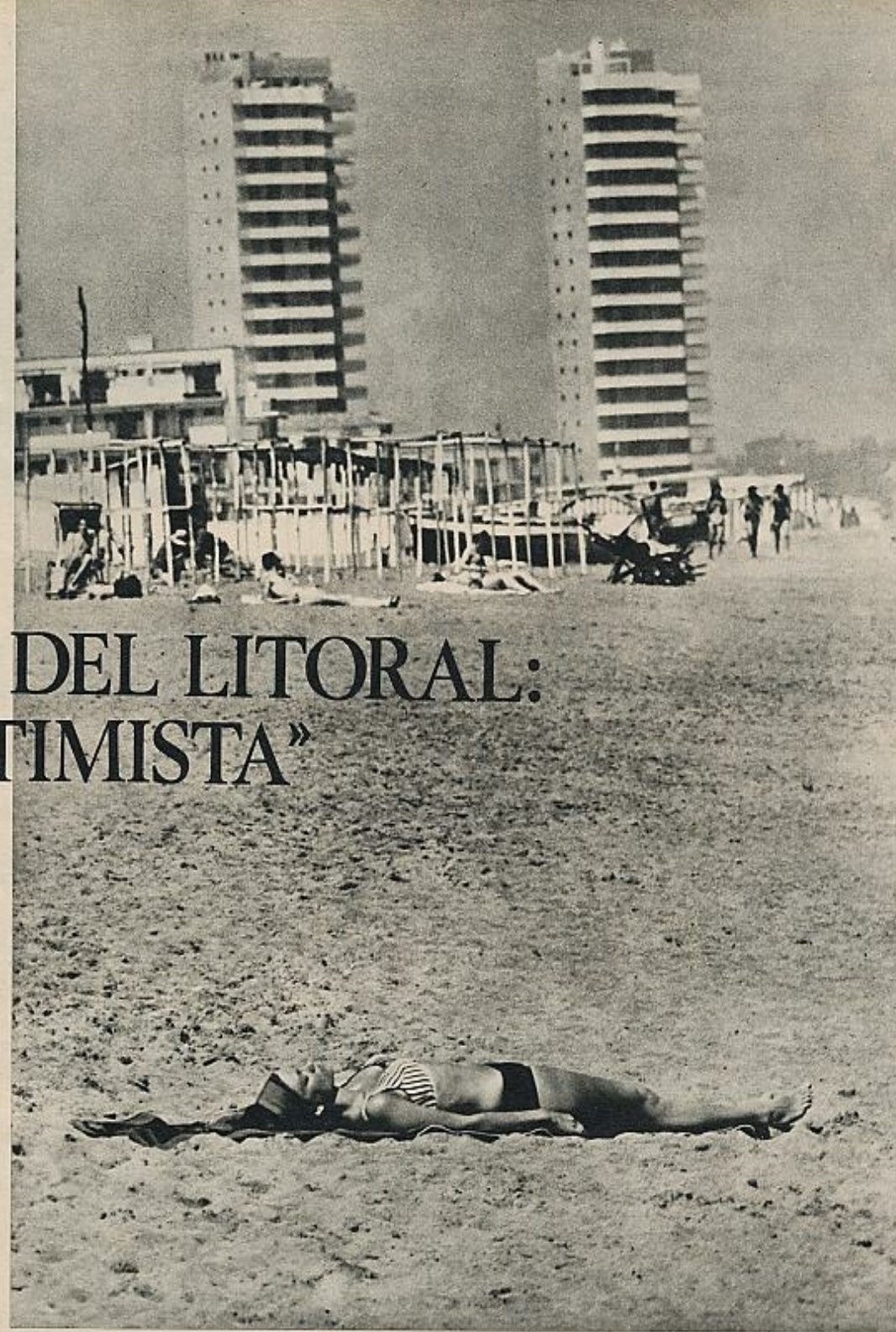
labra como en la documentación aneja al curso, para llegar a menudo a una conclusión que estimo discutible: «el que contamina, que pague». Ello da por supuesto la imposibilidad de eliminar las fuentes contaminantes y el hecho de que una serie de daños causados al medio ambiente —propiedad comunitaria e inalienable— sean susceptibles de ser reparados mediante cifras monetarias. Así, las grandes empresas, en particular, podrían hacer su voluntad a costa de pagar unas cantidades —que nunca les dañarían sensiblemente—, que les librarían del compromiso de no destruir unos recursos naturales de valor esencial para el hombre. Sería para dichas empresas como un impuesto más, fácilmente recargable en el precio de sus productos al moverse dentro de una economía de mercado, con lo que el ciudadano amortizaría en definitiva su propia asfixia.

Dentro de un análisis de situaciones actuales, tres de ellas requirieron una atención particular: el emplazamiento de centrales nucleares en el litoral, la difusión de bacterias en el mar y la situación del Mediterráneo. Con una triple conclusión despreocupante, como decíamos al comienzo.

Así, se dijo que el lugar ideal para una central nuclear sería la costa, dada la enorme cantidad de agua que los condensadores necesitan para su refrigeración. Incluso se mantuvo que tal ubicación sería beneficiosa, ya que una central nuclear es una «industria blanca» que no contamina los al-

dichas bacterias tienen una muy corta vida. El único peligro es que, antes de ser depuradas por los microorganismos marítimos, dichas bacterias pasen al interior de los moluscos y los peces, que sí las acumulan. El consumidor de productos marítimos sería así infectado bacteriológicamente al comer de ellos y pasar a su organismo tal acumulación bacteriana.

Otro tanto sucede con los residuos de industrias situadas en las cercanías del mar cuando contienen sustancias tipo mercurio o cadmio. El peligro no estriba en que las aguas queden contaminadas (que sí lo son, en parte, y de manera muy espectacular, con grandes manchas que aparecen en la superficie), sino en la acumulación de dichas sustancias en el interior de los animales marítimos. En el organismo de los peces se efectúa, con respecto a productos como el DDT o el mercurio, una concentración cien mil veces mayor que en el agua. A este respecto, el caso de la isla japonesa de Minimata resulta desdichadamente clarificador, con la muerte de cerca de cien personas al haber ingerido productos marítimos contaminados por el metilmercurio, cuyo origen se halló en una vecina fábrica de plásticos que presentaba escapes en su sistema de eliminación de residuos. Más recientemente, pescadores italianos vecinos a una factoría de la MonteEdison han logrado una sentencia favorable a su demanda en contra del presidente de esta compañía, que ha sido condenado a dos meses y medio de prisión por arrojar mil seiscientos tone-



DEL LITORAL: "TIMISTA"

ladas diarias de fangos rojos de aluminio y titanio, perturbando así el equilibrio ecológico del agua, con lo que privaba a los pescadores de gran parte de su captura habitual. Hay que señalar, por si lo antedicho sirve de aviso, la próxima instalación en Huelva de una fábrica de titanio que vertería también mil seiscientas toneladas de limo rojo en el Golfo de Cádiz...

Mencionaba estos datos don Joaquín Ros, químico y perteneciente al cuadro del Instituto Español de Oceanografía, quien tuvo a su cargo el tema «El Mediterráneo y su supervivencia», aunque el coloquio posterior a la ponencia no se limitase al «Mare Nos-

trum», sino que abarcara otros aspectos, como las consecuencias —que «pueden ser supernefastas»— de la prevista industrialización en la Ría de Arosa, o la «cloaca» en que se acabará de convertir la Ría de Bilbao si no se toman una serie de medidas tajantes, para lo que se halla cierta «resistencia de las autoridades». Concretamente en el tema mediterráneo, su conclusión fue simple: «No creo que el Mediterráneo esté tan mal o tan en peligro como se dice». Apoyó su afirmación en las cifras que señalan la cantidad de toneladas de materias contaminantes en diversos grados que se arrojan sobre sus aguas. Veámoslas, en cuanto suponen

un cuadro indicativo y generalizable: a) Contaminación causada por transportes marítimos, principalmente de hidrocarburos, de los que se vierten en el Mediterráneo trescientas mil toneladas al año. A ellas hay que añadir las veinte mil toneladas anuales que arrojan las refineras, «lo que no es mucho, pero sí importante, porque van a la costa». El obstáculo para evitar estas veinte mil toneladas es el elevado coste del tratamiento biológico de las aguas residuales de las refineras: un millón de dólares por millón de toneladas refinadas. La cifra citada de las trescientas mil toneladas cabe discutírsela al señor Ros, porque en la «Comunicación so-

bre la situación ecológica existente en el Mediterráneo oriental», el Consejo Libanés de Investigaciones Científicas mantenía que dicha zona oriental «recibe anualmente cuando menos doscientas mil toneladas de hidrocarburos», habiendo afirmado anteriormente que la claramente inferior industrialización de la zona oriental respecto a la occidental motivaba un menor índice de contaminación. Por lo que deducimos, y más con el tiempo transcurrido desde este trabajo, que —si el estudio libanés está en lo cierto— se acercará al medio millón de toneladas el volumen de hidrocarburos recibidos por las aguas mediterráneas. b) Sustancias nocivas líquidas transportadas a granel: según los tratadistas noruegos, sólo dos toneladas anuales, cifra muy poco de fiar. c) Sustancias transportadas en paquetes, contenedores o similares: muy poco se sabe de los efectos de esta contaminación. d) Aguas residuales de los barcos, que se producen al lavarlos, o a causa de los retretes marítimos. e) Basuras procedentes de los buques, desde desperdicios hasta restos de las cargas: de ellos se vierten mil doscientas sesenta y ocho toneladas anuales, cifra que sorprende por su insólita exactitud. f) Vertidos por buques o aeronaves, es decir, los barcos basureros. Muy notable es esta contaminación, aunque ni mucho menos se produce en el Mediterráneo como en el Mar del Norte, donde cinco o seis barcos están tirando basura continuamente. Es este sistema de barcos basureros una práctica de países desarrollados, ya que los subdesarrollados arrojan los vertidos de sus industrias a los ríos o al mar a través de «testigos», desagues que —al menos, teóricamente— deben alcanzar una cierta profundidad en aguas marítimas. g) Contaminación por accidentes: naufragios de barcos. Y h) Contaminación de origen terrestre, que es la más importante de todas, originada por aguas residuales urbanas (con materias orgánicas), desechos industriales y contaminación procedente de pesticidas.

A pesar de todo ello, «el diagnóstico del Mediterráneo no llega siquiera a pronóstico reservado», según el director del II Curso-Litoral. Encuadrado dentro de las actividades del Centro de Perfeccionamiento Profesional y Empresarial del Colegio de Ingenieros, este curso tendrá —en mi opinión— que adoptar una postura más crítica y agresiva en el futuro. Para ello, creo que deberá perder su excesiva vinculación con la Administración Central, incluir en su programa análisis de tipo sociológico y llamar como ponentes a gente más joven. Porque si «el litoral es un problema político», como se dijo en Torremolinos, hay que demostrarlo. ■